

ÉXITOS CINEMATOGRÁFICOS

Peregrinos



Henriette Crossman, Marian Nixon, Heather Angel y Norman Foster

50

cts. EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ 10 bis
BARCELONA

ARGUMENTO
COMPLETO

PF

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

AÑO II

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, núm. 10 bis
Teléfono 18841. - BARCELONA

N.º 47

Peregrinos

Sentimental asunto, interpretado por
HENRIETTE CROSSMAN, MARIAN NIXON, HEATHER
ANGEL y NORMAN FOSTER

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Peregrinos

Argumento de la película

I

LOS LABIOS ROJOS SOBRE EL HENO

En lo más grande de Arkansas estaba situada la hacienda de los Jessop.

Paisaje de égloga, de soberbios bosques y alegres llanuras. El aire, diáfano, no fatigado de los humos y las emanaciones de ninguna gran ciudad, era una bendición de calma, sobre el verdor ingenuo de los campos.

No obstante, la vida, para los granjeros, cuyo relativo bienestar no dependía más que del propio trabajo, era dura por allá.

Era preciso hacer cara a los rigores del sol. Por eso para resistir aquella vida y, más aun, para tomar afición a ella, eran indispensables tipos de fuerte cuerpo y espíritu, identificados en cierto modo con la agria naturaleza.

Prototipo de éstos, la señora Jessop.

No sólo en todo el pueblo de Tres Cedros, donde residía, hubiera sido difícil encontrar quien mejor respondiese a estas características.

Membruda, ágil, a pesar de sus cabellos blancos, con un ceño energico y pocas veces desfruncido en el rostro, adoptaba ade-

manes hombrunos, tanto en sus faenas rurales como en los detalles domésticos.

La señora Jessop, con la misma destreza manejaba una azada como conducía el tronco de caballos de un carro de labor.

Aquel día comenzó como siempre la serie de faenas de la jornada. Una de sus primeras atenciones, la comida a las aves de corral.

Con el brillo de sus plumajes, las gallinas alborotadoras y los gansos, balanceándose con su empaque de importancia, rodeaban a la señora Jessop, quien distribuía solícitamente el grano de su mandil.

Luego, una visita al establo donde las vacas rumiaban con bíblica mansedumbre y los becerros nuevos se apretaban a su calor.

Las legumbres del dilatado huerto, las flores en el jardín contiguo, los sembrados... todo lo que es la vida de un incansable labrador.

En realidad, ella era el hombre de la casa y no sólo esto, sino la persona más autoritaria de todo el pueblo de Tres Cedros.

Generalmente se la quería y se respetaba sus brusquedades que a veces mejor parecían de un sargento de dragones que de una mujer ya entrada en la senectud.

Aquel día fué al encuentro de su hijo Jim, única persona con quien compartía su pan y sus tareas.

El encontrábese trabajando a golpe de azada en una parcela próxima a la casa, y vióla llegar desde lejos, con su sombrero halldudo, de segador, y que, encasquetado hasta las cejas, le daba al semblante un aire sombrío.

—Buen día, hijo—saludó ella con la sencillez campesina.

—No son malos, madre.

—¿Tienes apetito?

El se limpió el sudor con el revés de la mano, lo que equivalía a un gesto afirmativo.

—Te cocinaré algo de lo que te gusta...

Y la señora Jessop tornó a la casa, a perderse entre los peroles y envolverse en el humo de un guiso prometedor. En un santiamén se puso un amplio delantal blanco y quedó convertida en una amable cocinera.

Sólo el apetito de Jim preocupábale en aquellos momentos.

* * *

Jim buscaba algo, desojándose con avidez, entre las verdes enramadas.

Llegó a un paraje, tal vez el más delicioso de toda la hacienda. Un paraje donde se hubiese extasiado un pintor o un poeta.

En una suave hondonada, escondida entre árboles que se entrelazaban y arbustos de las más gratas tonalidades, había un remanso de agua, tersa como la lámina de un espejo.

Todo esto no hubiera emocionado al hijo de la señora Jessop lo más mínimo, pues habíalo contemplado desde que nació, pero en la otra orilla del estanque hallábase una muchacha con la que difícilmente podrían competir todos los paisajes.

Era una muchacha rubia, joven y tierna como uno de los lirios que crecían allí mismo junto a las aguas de aquel lago.

Junto a sí hallábase un canasto con ropa. Ella, sentada en el césped húmedo, componía un verdadero cuadro delicioso de la más sugestiva intención.

Es cierto que Jim no era, por su parte, ni menos joven, ni menos ingenuo, ni menos dotado de agradable vitalidad.

Lanzó un guijarro al agua del remanso e hizo fruncirse de líneas arrugas su cristal. El ruido sacó de su actitud distraída a la muchacha.

Al levantar los ojos, vió los únicos que anhelaba ver, enfrente de ella; los de Jim.

Sólo en la mirada interrogativa y anhelante de él, veíase que se trataba de una cita.

—¿Esta noche? —preguntó con voz apagada.

—Sí —dijo ella, no con los labios sino únicamente bajando la cabeza.

—Espérame. No he de faltar. Iré después que haya acostado a mamá.

* * *

A la noche, en la breve sobremesa, antes de irse a dormir, la madre y el hijo permanecieron un rato el uno frente al otro.

Al acaso, pero con todos los síntomas de hacerlo intencionadamente, ella leía un libro de máximas morales y religiosas.

Algunos de los sabios consejos decíalos en voz alta:

—“Libranos de las malas mujeres. No codicies la hermosura” “La única hermosura es la del alma.”

Jim comprendió en seguida por quién leíase todo aquello.

—¿Has oído? —preguntó la madre con intención.

El repuso:

—Estás equivocada, mamá, respecto de ella.

—Vas a negarme que te predispone en contra mía?

—No es verdad, te juro que no es verdad.

Después reaccionó respetuosamente, medroso de provocar la cólera materna:

—Perdóname.

—Anda, cena —dijo la adusta señora, con acento más tierno—, toma, hijo mío, es muy sabroso esto.

Como si lo hubiese madurado mientras comía, expuso él, de pronto, un deseo:

—Tengo que decirte una cosa: quiero sentar plaza. Ir a Francia.

—Y cómo vas a ir? ¿Cómo privarnos de tu trabajo?

—Puedes emplear un hombre en mi lugar. En otras granjas se hace.

—¿Es posible que un Jessop hable de esta manera?

La madre recordaba aquella estirpe de los Jessop, trabajadores tenaces que no envidiaron a ningún mortal, teniendo sanos sus robustos brazos.

—Lo que ocurre —continuó—, es que estás desasosegado, inquieto.

—Estoy cansado de tanto trabajar.

—Y qué? ¿Acaso no he trabajado yo durante toda mi vida? Ahora, precisamente ahora,quieres dejarme...

—No es eso, madre mía.

—No es eso? No veo que se trate de otra cosa. Pues bien. Nadie me separará de ti. Ni ahora ni nunca.

El aire de autoridad de la señora Jessop era de tal naturaleza cuando expresaba un deseo, que parecía inapelable.

Pero quien ha de trabajar físicamente desde muy temprano, tiene que irse pronto a descansar. La granjera dió por terminado el coloquio y despidióse del hijo con un beso en la frente.

Poco después, cuando se había hecho fuera el sonoro y solemne silencio del campo, cuando todo dormía, hasta los árboles de

copas espesas, agigantados en la noche, como pelambres de seres titánicos, en el último piso de la casa se abrió una pequeña ventana. Su marco de luz era el único que lucía en los ámbitos dormidos.

Por allí se descolgaba una figura, que ágilmente en unos pocos saltos se hallaba luego en tierra.

Cualquiera adivinaría en aquella figura a Jim Jessop.

Después de mirar a un lado y a otro, con el azoramiento de quien da un paso clandestino, emprendió una veloz carrera.

Un perro de la granja, en constante duermevela, enfurecióse y llenó el silencio de aullidos.

En seguida todos los perros de la casa ladran en frenético concierto.

El sueño de la señora Jessop era ligerísimo, como de buena campesina. Incorporóse, atenta, en el lecho, encendió una bujía y abrió la ventana.

Al ver la sombra que corría alejándose, no dudó un instante. ¿Cómo un hijo inexperto iba a poder engañarla?

* * *

Al llegar Jim a casa de su novia, la escena que le aguardaba era, por lo demás, cotidiana y corriente.

El padre de aquélla, viejo inofensivo y solitario, solía coronar sus jornadas con una buena borrachera. El garrafón del aguardiente gozaba casi de su única amistad.

Jim le cogió por el brazo para sostener su cuerpo temblante:

—¡Eh, viejo! ¿Estamos borrachos otra vez?

—¡Bah! —barbotó él—. Vinieron más amigos de la cuenta, y ya ves... uno es débil...

—Bueno, bueno, ahora lo voy a acostar.

Aquella noche la embriaguez le había dado por una manía extraña:

—¿Tú sabes que fuí pugilista en mis buenos tiempos? Pues, sí; una vez derroté a diez hombres seguidamente.

El muchacho hacía esfuerzos inauditos por transportarle hasta su habitación.

—Ahí está María —continuó con esa pesadez del embriagado—. María es una chica muy buena. Y no creas... la he criado con lujo... Heredará esta propiedad... no es grano de anís...

A fuerza de bandazos y tropezones pudo llegar Jim hasta el lecho del beodo, y consiguió, por fin, dejarlo acostado; tarea difícil y para la que necesitó infinita paciencia.

Cerró la puerta del cuarto del viejo, y así, se encontraba a solas con María.

—Es un castigo esta horrible costumbre de mi padre —dolióse ésta.

—Deja —contestó él—. Voy a esconder el garrafón.

—Es inútil, siempre lo encuentra.

—Esta vez no, yo lo esconderé bien.

Cogió el garrafón del aguardiente y ambos salieron al exterior de la casa.

La luz de la luna, clara y bellísima, plateaba el campo y los cabellos rubios de María, y reflejábase en sus labios húmedos.

La muchacha exclamó, oprimiendo el brazo de su novio:

—¡Qué bella luna, Jim de mi alma!

—Es nuestra luna, María.

Se apartó un momento de ésta, para ocultar el garrafón que llevaba en la mano:

—Voy a esconder el garrafón entre el heno.

El heno hallábase arriba, en el desván.

—Alcánzamelo —dijo María—, lo subiré yo.

En seguida estaban los dos en el desván atestado de heno, y una vez escondida la garrafa, se tendieron sobre la blandura de la yerba.

El grato olor del heno que espaciaba todas las esencias del campo, la noche y todas las circunstancias, conspiraban para el amor.

María, abandonado su cuerpo de jóvenes, pero ya firmes turbencias; y enredados sus cabellos de oro en la yerba, ofrecía un encanto dulcemente irresistible.

Uno y otro se contemplaban con mudo arroamiento.

El dijo, por fin:

—¿En qué piensas?

—En ti —respondió ella sin titubear. Y luego preguntó a su vez—: ¿Y en qué piensas tú?

—En ti también... y en la guerra. ¡Me gustaría tanto sentar plaza!

Cogió las manos de su novia, las cubrió de besos, para interrogar:

—Dime, María, ¿esperarías por mí?

—No debes ir. No vayas a la guerra—suplicaba María con los labios quemando los de Jim.

—Volveré muy pronto.

—No; no podré soportar esta vida sin ti. Por favor, atiende mis ruegos, no vayas. ¡No vayas!

Pero ni la guerra, ni el viaje de él, ni toda la faz de la tierra podían tener ya importancia, cuando los labios de los dos se acercaban temblorosos. Cuando las pupilas de ella se velaban con un ansia infinita de ilusión. Cuando su pecho jadeaba, como una paloma asustada, y su corazón latía aturdidamente.

Allí estaba el amor espontáneo, primitivo, al que no es posible torcer.

La besó con toda su fuerza hasta sofocarla.

Los suspiros se mezclaron con el olor penetrante del heno...

* * *

Unos días después hallábanse como de costumbre trabajando en las faenas agrícolas la señora Jessop y su hijo.

Con una larga sierra metálica tronzaban un grueso tronco de árbol.

En el semblante de Jim advertía la madre algo que no era lo normal.

—¿Por qué estás enfadado?—le preguntó con su ceño habitual.

—Nunca se para de trabajar y siempre continúo más pobre que las ratas. Deberías darme un sueldo.

—¿Un sueldo? Tú trabajas en lo tuyo, en lo nuestro. Todo esto será tuyo algún día. Esto es la tierra sagrada de los Jessop. Tu abuelo dió la vida por este lugar. Y tu abuela luchó contra los indios para salvarlo.

—Todo eso está bien; pero necesito dinero.

—No comprendo para qué lo quieres.

—Quiero casarme.

—Casarte!

La granjera dió un salto sobre su asiento. Luego quiso dar largas a la cuestión.

—Bien, algún día, hijo mío, cuando seas mayor.

—¿Quieres tenerme siempre pegado a tus faldas?

—Lo que quiero saber es de quién se trata. ¿Es María Sanders?

Jim hizo un gesto afirmativo.

—¿Y serías capaz de dejarme por esa mujer?—dijo ella, fuera de sí—. Con bonita familia quieres hacerme emparentar. No quiero borrachos en mi parentela. Y menos entre mis nietos.

—Pues buscaré trabajo y me casaré con ella.

—¿Y me abandonarás después de todo lo que he trabajado por ti?

—Yo soy un hombre—afirmó Jim, deseoso de cortar el diálogo.

Pero al día siguiente la señora Jessop se presentaba en casa de Sanders, con la intención de obtener un diálogo definitivo con la novia de su hijo.

En cuanto la tuvo ante sí, la cominó:

—Deja a mi Jim en paz. Te prohíbo que le hagas perder el seso.

María se atemorizaba siempre en presencia de la señora Jessop, pero esta vez no quiso ocultar sus sentimientos.

—Su hijo y yo nos queremos. No podemos apartarnos uno de otro.

—Mi hijo me pertenece. No hay nada más que hablar.

—Usted es muy egoísta. Lo quiere sólo para sí.

—¿Acaso no soy su madre?

—Ya, ya lo sabemos. No hay miedo a que se olvide.

—Pues oye bien esto: mejor lo quiero muerto que casado contigo.

Este violento coloquio tuvo inmediatamente repercusión en casa de la irreductible señora.

Jim mantenía en toda su firmeza:

—Quiero a María y me casaré con ella.

—Pues a casa no la traerás.

—Yo tomaré una casa para los dos.

—Jim, ¿y dices eso de veras?

La señora Jessop reflejó un momento en su rostro la amargura.

—Está bien; ya veo que no me quieres.

Con paciencia sostenía idénticas discusiones con la hija de Sanders, y siempre exclamaba:

—Aun no es tuyo. Aguarda. Lo separaré de tí... por su propio bien.

Y en la mente de Annah Jessop germinó la idea de alejar a su

hijo, aun cuando fuese mandándolo al lugar de donde acaso no pudiera volver.

* * *

El secretario y encargado de los registros, en el pequeño pueblo de Tres Cedros, ejercía al propio tiempo de barbero.

En el instante de llegar la señora Jessop con ánimo de alistar a su hijo entre los voluntarios para el frente francés, hallábase rasurando a un hombre de los más importantes de la localidad. Tenía enjabonadas éste las abundantes patillas.

—Un momento, Annah—se excusó el funcionario.

Pero Annah no tenía paciencia para aguardar a que el barbero terminase su labor.

—¿Son acaso las patillas de ese hombre más importantes que nuestro país? ¿Y más importantes que la defensa de nuestros aliados?—exclamó.

—Bien—dijo el excelente funcionario—, ya que lo tomas así—e interrumpió la tarea.

Annah aclaró:

—Se trata de mi hijo. Deseo que siente plaza. Es decir, su país lo necesita y no puede permanecer sordo a la llamada de la patria.

El buen hombre quedó maravillado.

—Eres muy patriota, Annah. Ya ves, la señora Thompson se obstinó en que su hijo no tenía edad para ir a la guerra... y hace nueve años que lo vengo afeitando. Es indudable que debes querer mucho a tu patria, para darle así a tu hijo.

Annah tuvo un gesto olímpico de desdén.

—¿Qué sabes tú de cariño?

Y es que dentro de su alma rugía una verdadera tempestad de sentimientos.

—¿Debo firmar algo?

—Sí, este documento.

Y Annah firmó después de un tembloroso titubeo.

* * *

El tren militar, donde iban los que habían de incorporarse a las tropas americanas que luchaban en Francia, llegaba resoplando poderosamente al pueblo de Tres Cedros.

Los reclutas, procedentes de varios Estados de América, bromaban con su enviable jovialidad.

—Muchachos—decía uno—, aquí sólo se detiene el tren tres minutos.

—Podéis asomaros—hablaba otro—y ver el pueblo.

—Pero no es una vaca que se ha cruzado en el camino?—observó un tercero, aludiendo a la pequeñez de la población.

—No, hombre; es la bella población de Tres Cedros.

—¡Tres minutos!—gritó el empleado.

—Un minuto para cada cedro—dijo alguien chuscamiente.

II

EL CAMINO DE LA GLORIA ANÓNIMA

La despedida, los últimos besos apresurados, tenían lugar entre Jim y su novia.

Aquél, vestido con el uniforme del ejército americano, parecía de más apuesta facha y hasta de mayor estatura.

Sólo eran tres minutos para decirse el cúmulo de cosas que se quisieran confiar.

El rostro de María tiene una palidez de muerte. ¿Era sólo el motivo la marcha de su prometido?

Sus primeras palabras fueron de ternura:

—¡Qué bien estás con tu uniforme! ¡Qué alegría verme a tu lado!

Jim preguntó con extrañeza:

—¿Y mamá?

—Quizás supuso que yo vendría... y ya sabes cómo es.

Jim se mordió los labios. Nadie era como su madre.

Pero en los ojos y en la ansiedad de la muchacha comprendió que tenía que confiarle algo de más trascendencia.

Ella empezó a balbucir:

—Nos casaremos en cuanto regreses, ¿verdad?

—Claro, ya lo habíamos convenido.

—Sí, pero, escucha, Jim. Más vale que te diga una cosa...

—¿Que me digas qué?

—Nada... Es que... Voy a tener un bebé.

Jim rompió en gritos:

—¿Por qué no me lo dijiste antes, por qué? No en este momento; ahora precisamente. Mamá tendrá que cuidarte...

—No te preocunes, Jim. Ya siento habértelo dicho.

Entonces él, sin acordarse de lo férreo de su compromiso, decidió que ya no podía incorporarse al tren militar.

—Sargento—voceó—, yo no puedo marchar. Tengo que casarme. Ahora mismo.

Ni el sargento ni la disciplina entendían de dramas sentimentales.

—¡Sube al tren! ¡Listo, sin más demora, vamos a partir!

—No subo, no subo—se obstinaba.

—¡Cómo que no subes!

Entre el sargento y varios soldados le metieron a viva fuerza en el convoy.

Hizo la locomotora unas aspiraciones de su hondo resuello, y se puso el tren en marcha.

Aun tuvo tiempo María para gritar entre lágrimas, antes de que desapareciese en el primer recodo:

—¡Escribe cuando puedas! ¡Escríbeeee...!

* * *

En una de las trincheras del frente aliado de la Gran Guerra del 14, Jim se hallaba con sus compañeros.

En torno suyo, la estampa de la catástrofe mundial, tan conocida.

Astronomía horrible de metralla. El cielo y la noche agujereados por estampidos luminosos, como si se rajase el firmamento. El monstruo de la guerra pisoteándolo todo con sus patas ciegas de caballo desbocado.

En la zanja donde se defendía aquella sección de soldados americanos ha habido ya desprendimientos del terreno y algunas vías de agua que la inundan parcialmente.

Los obuses abrían grandes brechas en los sacos terreros. Una enorme nube de polvo sofocante envolvía a todos de cuando en cuando.

Se oía cuchichear a los hombres arrastrándose como topos:

—¡Dame fuego! —musitaba uno, con un cigarrillo en la boca.

—¡Apaga ese cigarrillo! —rogaba otro, más timorato.

—¡Qué más da! Fumemos. Nadie sabe cómo vamos a salir de este infierno.

De pronto, un obús derrumbó todo un frente del parapeto.

Los soldados que se guarecían detrás de él se vieron cegados y ensordecidos. El mundo se acabó sobre sus cabezas y bajo sus pies.

Entre estos soldados se hallaba el hijo de la señora de Jessop.

III

IGNORANTE DE TODO

Mientras, en el pueblecito callado de Tres Cedros, perdido en los campos de Arkansas, un nuevo ser venía a la vida. Ignorante de todo, abrió sus ojos el hijo del amor de Jim y María.

El viejo padre de ésta, solo con la parturienta, vióse en el mayor de los conflictos.

Era un día tormento en que el ventarrón implacable y el gran azote de la lluvia castigaban con furor las casas y los árboles.

El buen hombre decidióse a ir en busca de la única persona con quien la ligaban ya lazos sanguíneos: Annah Jessop.

Afrontó las iras del vendaval y pudo llegar hasta la casa de la granjera.

—¡Abre la puerta! —gritaba golpeándola con los puños.

Annah, a quien la tormenta ya había despertado con pesadillas que llevaban su recuerdo hacia el hijo ausente, extrañóse de una visita a aquellas horas. Descolgó la escopeta y abrió luego, más confiada con esta precaución.

—¡Ven, por Dios, Annah! —suplicaba el viejo—. ¡María va a dar luz!

—Y eso qué me importa a mí!

—Mujer, es tu carne y tu sangre...

—Jamás llevará el nombre de Jessop.

El hombre impacientábese con sobrado motivo.

—Esta no es la hora de reñir. Hay que olvidar todas las renillas en un trance como éste. Luego pelearemos lo que túquieras.

La señora Jessop sintió un estremecimiento en el fondo de su ser. La voz de la sangre hizo que se rindiera.

—Bueno, vamos allá.

* * *

Dentro de la casa, en uno de sus contados ratos de quietud, la señora Jessop se emplea en una labores de vestuario infantil. Con cierto amor, que ella misma quisiera dominar, confeccionaba prendas para el hijo de María.

—La pobrecita criatura necesita ropa—decía la criada.

—Sí, pero no digas que la hice yo. Di que eres tú quien se la regala.

El ruido de las rodadas de un coche rústico se oyó fuera.

—Aquí viene el cartero—le dijo a Annah la mujer—. Y viene con él el alcalde.

En efecto, el alcalde, con el rostro contraído de gravedad, acompañado del cartero, penetró en la casa.

—Un telegrama para ti de Washington—dijo el alcalde a la señora Jessop, y había en su voz un tono extraño.

Ella no dignóse levantar siquiera la vista.

—Bueno; léelo, Elmer.

Elmer dudaba.

—¿En voz alta?

—Claro—se impacientó, como de costumbre, Annah.

—Si te empeñas.

—Venga, si quieras, y si no, llevátelos.

—Bien.

Y comenzó a leer con voz solemne:

—“Señora Annah Jessop, Tres Cedros, Arkansas...”

—Pasa eso por alto.

—...Sentimos notificarle...

—¿Qué más?

—...que su hijo murió por la patria en la acción de...

El cuerpo de la señora Jessop sintió una sacudida. Sus músculos se aflojaron, sus ojos quedaron como yertos. En la garganta diríase que unas manos tenaces la apretaban.

Pero fué un momento. Aquel carácter de hierro consiguió dominarse en seguida.

El alcalde creyóse en el caso de hacer unas frases de rigor.

—En una ocasión como ésta... Sólo la resignación...

—Por favor, Elmer. Está bien...

La buena mujer que acompañaba a Annah ofrecióse solícita:

—No puedo yo hacer algo en este trance?

—Sí. Haz café. Deben tener mucho frío estos hombres.

Luego se levantó trabajosamente, como aquel a quien le han dado una puñalada. Con paso incierto abandonó la estancia, para encontrarse sola con su inmenso dolor.

Pero a Annah Jessop no se le notaban mucho sus impresiones.

A los pocos días se ocupaba en dirigir los trabajos de recolección con la misma actividad de siempre.

Hacía las recomendaciones necesarias a los trabajadores con su energía habitual.

A dos de ellos que venían sobre un carro de hierba y que con sólo divisarla ya estaban medrosos, les gritó:

—Pero vais fumando encima del heno?

Y ellos arrojaron precipitadamente los cigarros.

Así era el carácter de aquella señora. ¿Quién podría evitarlo ya?

IV

EL NIETO DESDEÑADO

El viejo Sanders vino a visitar a la abuela del que también era su nieto. La traía la negociación de sus terrenos, que trataba de vender a la Jessop.

—Bonito día, ¿verdad?—dijo por decir algo.

—Sí; un poco de lluvia no vendría mal.

—Bien; vamos a lo que nos ocupa. Aquí tienes la escritura de mi terreno. Me duele venderlo, créelo...

—Ya sabes que no pago mal. Te doy dos mil dólares por él. En realidad, no sé para qué quiero ya más tierras.

En este momento, por la calzada, junto a la cerca de la granja, venía el hijo de María y huérfano de Jim. El chiquillo acusaba ya netamente los rasgos del padre.

Uno de los perros de la granja tenía particular amistad con el niño, y no bien le vió salió a su encuentro ladrrando alborotadamente.

Los dos abuelos miraron al chiquillo. Ella con displicencia y desabridamente; él con todo amor.

—Es como Jim—comentó Sanders por tratar de enterecerla.

Annah hizo oídos de mercader.

—En el Banco tienes el dinero—y volvió la espalda con rapidez.

* * *

Un incidente en que tomaron parte el hijo de Jim y otros compañeros de escuela, puso al desnudo la tragedia del nacimiento de aquél.

De la acalorada discusión pasaron a las manos. El pequeño se defendió con inaudita bravura, y al llegar la maestra y conseguir poner orden en aquel infernal barullo de patadas y puñetazos, inquirió el origen de la reyerta.

—Me dijo—lloriqueó el niño—que mi madre no se había casado. Y eso no es verdad, ¿no es así, señora maestra?

El que había iniciado la disputa disculpóse arguyendo:

—A mí me lo ha dicho mi madre.

—Entonces ella miente.

La maestra acarició con ternura al pequeño Jaime y advirtió a los demás:

—Deberíais estar orgullosos de jugar con él. Su padre murió en Francia. ¡Es hijo de un héroe!

La madre de Jaime, no bien entró éste aquel día en casa, echó de ver que algo anormal le había ocurrido.

Prodigóle todo el tesoro de sus mimos, le prometió un sabroso pastel confitado cuidadosamente; pero el niño no salía de sus evasivas.

—No tengo gana. Esto no fué nada, me caí y por eso sangro un poco. Si no fuese a la escuela, podría ganar dinero... ¿Por qué no nos mudamos de aquí?

La pobre madre comprendía y tenía que morderse sus penas.

V

PEREGRINOS A FRANCIA

Un auto, alarmando a los animales domésticos con su fragor, detívose delante da la granja de Annah.

Apeóse el hombre más acaudalado y más influyente del pueblo. Claro que no tanto que no temblase algo ante la de Jessop. Le acompañaba su señora.

Una vez ante la "mujer de hierro", se le expuso de qué se trataba.

El Gobierno americano quería enviar a Francia, para un acto solemne de homenaje al pie de las tumbas de los muertos en la guerra, una representación de las madres de diversas localidades, que perdieron sus hijos en la campaña.

No era justo, ni los elementos preponderantes del lugar lo querían de ningún modo, que Tres Cedros se quedase sin estar allí representado.



.. rubia, joven y tierna, como los lirios que crecían allí mismo.



—¿En qué piensas?



—Quiero a María y me casaré con ella.



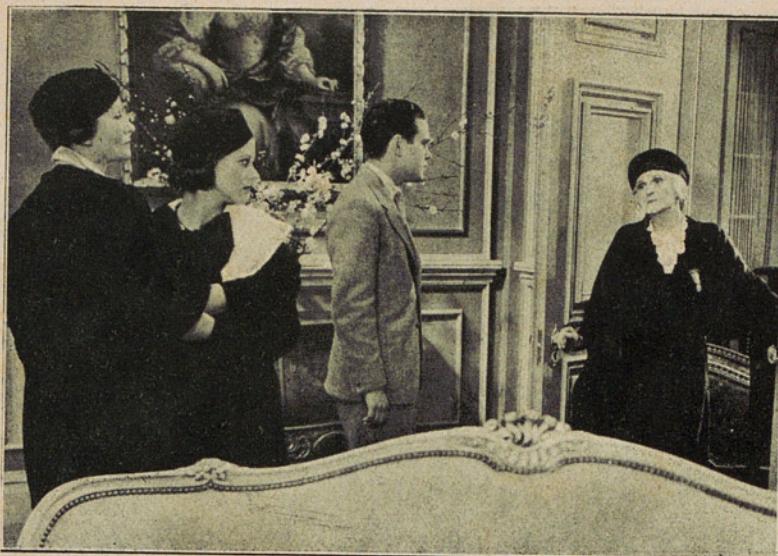
—Su hijo murió por la patria ..



—¿Verdad que era muy simpático?



Detrás de un árbol escuchaba...



—¿Dónde va? Quédese con nosotros...



—¿Puedes perdonarme tú, Mary?

De todos modos, a Annah no podía hablársele nunca sin precauciones.

—Jaime fué el único hombre de Tres Cedros que murió en la guerra... El Gobierno te invita a ir a Francia.

La respuesta ya era de temer:

—Quizás yo no quiera ir.

—No comprendo, no me explico...

—Y en todo caso, ¿qué te importa si voy o no?

Acudióse al procedimiento persuasivo.

—Deberías hacer esa peregrinación. Debes visitar la tumba de tu hijo.

—¡Bah! ¡No sé para qué!

—No te hagas más tremenda de lo que eres. Sabemos, en el fondo, cómo sientes. Todo el pueblo quiere que vayas, Annah. Lo toma como cosa suya.

Annah cortó por lo sano:

—No quiero ir y no iré.

—¿No quieres ir?

—No, pero gracias por la invitación.

Pero aquel hombre conocía bien el carácter de su interlocutora. Era preciso tocarle la cuerda del orgullo, de la conciencia de su valor.

—Estoy avergonzado de ti, Annah. ¿Sabes lo que dirá todo el mundo? Que tienes miedo en hacer ese viaje.

—No lo dirán, puedes creerlo.

—Pero lo pensarán.

—Jamás tuve miedo de nada.

—Eso es lo que yo pensé... Hasta hoy.

—No digas semejante cosa.

El vió que iba ganando terreno.

—Entonces, no teniendo miedo ¿por qué no vas?

—Pues... quizás vaya.

Se había ganado la partida.

—Estamos muy orgullosos de ti...

—Aun no he dicho que iré...

Pero su actitud era bien clara. Lo haría para que nadie dudase de su valor.

* * *

—Me están dando demasiada importancia — exclamaba Annah, ante la serie de elogios y recomendaciones de todo género.

Toda la población había salido a hacerle la despedida en la estación.

Aparte, esquinados, María y Jaimito contemplaban a la abuela con los ojos húmedos y llenos de envidia. El niño llevaba en la mano un pequeño manojo de flores silvestres.

La señora de Jessop, casi desconocida, con vestimenta ciudadana, un gorro severo y encasquetado, según la última moda llegada a Arkansas, subió al tren provista de un billete. ¡El más costoso que habíase expedido nunca en aquella estación!

Ya arrancaba el convoy.

Jaimito dijo a su madre:

—Dale las flores, mamá.

Y ésta acercóse recelosa hasta la ventanilla del departamento. Annah no la veía, sólo escuchaba su voz.

—¿Quiere colocar estas flores en la tumba de Jaime por mí y por mi niño?

Fué un momento de emoción intensa. Lentamente asomó la mano enguantada de la viajera hasta asir el puñado de flores. El tren ya embalaba su carrera. ¿Iba acaso a arrojarlas al suelo? No; la mano enguantada desapareció hacia el interior del coche, y las flores también.

En el tren comenzó la continuada serie de asombros e incidentes que, por fuerza, habían de ocurrir a quien, como la buena señora, no saliera nunca de su pueblo natal. Siempre teniendo en cuenta la desenvoltura de Annah para salir de cualquier situación.

Empezáronse a dar a conocer las distintas damas que, procedentes de otros pueblos y otros Estados, eran igualmente peregrinas a Francia.

Una de ellas entabló diálogo con Annah.

—Me alegro de que se determinase a venir, señora Jonhson.

—Jessop. ¡Annah Jessop! —contestó ésta irritada porque la cambiaseen el nombre.

Pero su compañera de viaje era algo aturdida.

—La veré luego, señora de Jakson.

—¡Jessop, señora de Jessop!

Y su voz traducía que estaba ya en el disparadero.

Otra amiga le mostró su pasaporte.

—Los retratos de estos pasaportes no favorecen mucho, ¿verdad?

Annah pasó la vista al suyo. Verdaderamente, la dureza de

tintas de la fotografía barata daba a su rostro casi un aspecto siniestro.

—Parezco una salteadora de caminos. Si me viesen en Arkansas me meterían en la cárcel.

—¿Le duelen los pies? —y le presentaron a quien hacía esta pregunta:

—La señora de Hatfield...

—Soy Callie Hatfield, de Carolina.

Poco a poco fué constituyéndose animada tertulia de las señoras que viajaban por idénticos motivos.

Un oficial del ejército, encargado de atenderlas, comenzó a anotar sus nombres.

—¿Ustedes quiénes son? ¿Me hacen el honor?

—Yo, la señora de Carlucci, de Illinois.

—Yo, MacGregor, de Pensilvania.

—Yo, Quincannon, de Nueva York.

Todas fueron diciendo sus nombres.

—Señoras, la nación se honra en invitarlas a ustedes.

En la capital americana hubo un desfile solemne ante las autoridades militares y el alcalde de la ciudad.

En larga fila, imponente y silenciosa marchaban las madres, algunas de las cuales no podían contener las lágrimas. Nadie se atrevía a hacer ningún ruido, pues sobre cogíales a todas la grandeza y la honda emoción del desfile.

El alcalde también permanecía mudo contemplándolo. La cabeza baja, respetuosamente y el sombrero de copa, de rutilantes destellos, en la mano.

Un amigo le interrogó:

—¿No hay discursito hoy, señor alcalde?

Y la respuesta fué así, refiriéndose al desfile:

—Ese es el discurso más elocuente que jamás se ha pronunciado.

—Y eso lo mejor que usted ha dicho nunca.

Llegó la hora de embarcar en el lujoso paquebot que zarpara para Francia. Hubo un revuelo de confusión entre aquellas señoras provincianas, casi ninguna de las cuales había hecho travesía alguna, y fueron embarcando no sin cierta zozobra.

Cuando subía Annah por la plancha, acercóse una señora y la tocó en la mano. Traía consigo una pequeña maceta con un solo geranio.

—¿Va usted para Francia? —demandó.

—Así parece—contestó la de Jessop con alguna sequedad.
—Hágame este favor. Ponga esto en la tumba de su hijo.

Annah torció el gesto, porque, en realidad, estaba predestinada a los encargos.

—¿Qué es mi hijo de usted?

—Nada, pero yo no puedo ir... El mío desapareció...

—Desde luego—dijo Annah con gesto decidido—, desde luego, lo pondré.

—Gracias, muchas gracias.

Zarpó el buque y majestuosamente iba alejándose de la ciudad.

La señora de Jessop y otras amigas la contemplaban.

Los largos rectángulos de los rascacielos, con agujeros incontables de ventanas, el laberinto de edificaciones, las moles inmensas de los hacinamientos urbanos ofrecíanse a sus ojos.

Todas se maravillaban y hacían ostensible su asombro. Una exclamó, cogiendo a Annah por el brazo:

—Mire, mire esas casas. ¿Ha visto algo igual?

Ella le respondió, sin inmutarse:

—Sí, más grandes que las de mi pueblo, pero nuestras montañas son más bellas. Y fueron obras del Creador.

Otra hizo observar:

—No sé cómo viven seis millones aquí.

A lo que repuso la de Jessop:

—Mis vacas necesitarían más sitio.

Después de un rato de charla sobre cubierta, la representante de Tres Cedros bajó a su camarote. La señora de Hatfield era quien había de compartirlo con ella.

—Me alegro de que viajemos juntas—dijo ésta al verla entrar.

Annah topóse con un camarero que vestía irreprochablemente de chaquetilla impoluta y gorra galoneada, y preguntóle con toda candidez:

—¿Es usted el capitán?

—No soy, señora... soy un camarero.

Ella quedó algo amoscada.

—Se ha burlado de mí. La próxima vez le daré un pescozón. Su compañera de viaje encontraba todo muy lujoso y confortable, pero la de Arkansas, a quien ya comenzaban a cargar tantos vaivenes, sólo encontraba todo aquello angosto, falto de aire, incómodo, en relación con la amplitud y el aire abierto de

su granja. Cada objeto lo iba mirando y remirando, equivocándose muchas veces cómicamente en su uso, pero siempre con más desprecio que de un modo admirativo.

En el salón, donde se daba un concierto de gala, estuvo sólo el tiempo indispensable, y en seguida subió a cubierta a encarrarse con el aire del mar.

Dada la hora de reintegrarse a los camarotes, a la camarera le costó Dios y ayuda que Annah se retirase al suyo. Y cuando, a fuerza de amabilidades, consintió en ello, advirtió:

—Que conste que voy por mi propia voluntad.

En el camarote aguardábale la señora Hatfield. Se mantenía arrobada ante un retrato de su hijo.

—No le extrañe si lloro—dirigióse a la de Arkansas—. ¿Verdad que era muy simpático? Mírelo. Y usted, ¿no quiere enseñarme el retrato del suyo?

Annah mordióse los labios.

—No tengo ninguno.

—¿Ninguno?

—Ni una carta.

—Pero se acordará de sus facciones.

La voz de Annah hizose sombría:

—Dejó quien me las recordase.

—Yo comprendía tan bien a mi hijo...—exclamó la de Hatfield.

—Ninguna madre comprende a su hijo.

—Yo sí; Jackie era travieso, pero no tenía para mí ningún secreto.

La de Jessop contentóse con suspirar.

* * *

Llegó a París la peregrinación de madres angustiadas. Todo eran agasajos y atenciones oficiales con aquellas buenas señoras que tuvieron un día el dolor más inmenso que puede sufrir un ser humano, por la causa de las armas aliadas, por la defensa del suelo francés y de los derechos atropellados.

Unos guías solícitos mostraron a las peregrinas todo lo notable de la ciudad.

Algunas de aquellas señoras y, sobre todo, la de Jessop, sufrían, a veces, confusiones sabrosas.

—Aquí—decía el intérprete—, en una ocasión, nació la República y cayó la monarquía.

Como señalaba uno de los edificios, Annah miró hacia los balcones.

—¡Y qué caída!—comentó—. Desde tan alto...

La Bastilla, el Arco de Triunfo, todo fué minuciosamente visitado.

A la de Jessop la martirizaban en los pies los chapines exigüos.

Sólo se animó algo en un tenderete de tiros al blanco, donde pudo lucir su habilidades. Con uno de los rifles a la cara, asombró a los concurrentes.

—¡Qué enorme puntería!

Y ella contestó:

—Me ha valido allá en muchas ocasiones.

* * *

En torno a la tumba del soldado muerto en la guerra, donde conmemora Francia con recuerdo perenne los que cayeron por salvarla, formaban las tropas aquel día. Todo estaba preparado para una alta solemnidad. Un gran gentío apiñábbase detrás de los soldados. Encima de la tumba austera, oscilaba una llama inextinta: la llama de la gloria.

El desfile de las madres extranjeras tuvo las más altas cualidades de valor emocional.

En aquellos instantes de grandeza en que por los rostros de las mujeres corrían las lágrimas, también apuntaban, a pesar suyo, en los ojos de los hombres más enteros. Hasta en los de aquel sargento veterano, endurecido en las guerras coloniales.

Un jefe del ejército, titubeante el gesto y la voz por la emoción, dirigió la palabra a las que perdieron sus hijos.

En el aire se hubiese oído la caída de la hoja de un árbol.

—“Francia saluda a las madres de la generosa nación americana... En este sitio ennoblecido...

Había un trémolo dolorido en su voz.

—...En el sitio ennoblecido por la sangre de sus hijos. Ni el mundo ni nadie puede compensaros por vuestra trágica pérdida... El altar de la libertad está humedecido por vuestras lágrimas.”

Luego, una a una, las madres fueron depositando flores sobre la piedra de la tumba.

En el salón del hotel, poco después, estaban reunidas, aten-

didas por oficiales del ejército, las buenas señoras.

Una de ellas púsose a interpretar en el piano cierta música algo rancia.

La de Hatfield se irguió de pronto como por resortes. Aquella música le traía recuerdos que laceraban su corazón.

—No siga—gritaba como en un ataque de locura—. No siga, por favor.

Luego, más serena, quiso disculparse:

—No la he querido ofender, señora.

Otra vino a consolarla:

—No llore... Yo tengo tres hijos enterrados aquí... Pero prefiiero que hayan muerto en Francia que peleando con sus enemigos, los MacAllister.

Le dió la noticia de que al día siguiente era la visita a los cementerios.

—¿Es preciso ir?—preguntó Annah.

—¿Cómo dejar de hacerlo, después de haber venido desde tan lejos?

La señora Jessop, agarrotada por los remordimientos, se puso en pie decididamente.

—Yo no debo estar entre ustedes.

Todas se admiraron por igual.

—Pero usted ha perdido un hijo como nosotras.

—Lo perdí antes de que muriese. El mío no fué como el suyo, señora Hatfield. Se enredó con una cualquiera... Y le obligué a sentar plaza. Me voy. Yo no debí haber venido. No debo estar entre ustedes.

Fué a modo de una confesión. Esa confesión con que, a veces, pretendemos descargarnos de nuestra pesadilla.

Annah abandonó el hotel sin escuchar los ruegos de nadie.

VI

EL CASO JESSOP EN PARIS

Los pasos de Annah, sin rumbo fijo, ya que iba ensimismada en sus reflexiones, lleváronla hacia un puente del Sena.

Desde allí, detrás de la baranda de hierro, contemplaba el curso de la corriente.

Justo a su lado, apoyóse también en la balaustrada un joven, casi un chiquillo, no mal pergeñado y con todo el gesto del clásico visitante del Sena en la hora de la desesperanza. Sus

ojos no apartábanse del agua como si ésta los cautivase con fuerte sugestión.

En la primera ojeada sintió simpatía Annah por aquel mozalbete.

—Oiga, joven, ¿qué le pasa?

—Nada, márchese.

—Yo me marcho de un sitio cuando me da la gana, ¿sabe?

—No sé nada, ni a mí me comprende nadie. ¡Márchese!

—¿Es usted americano? Puede que esté usted borracho. Eso sería la gran vergüenza.

El joven callaba.

Annah continuó:

—Probablemente está en algún apuro. ¿Por qué no le pide consejo a su mamá?

—No diga eso. Es lo más gracioso y lo menos lógico que puede decir.

Ella advirtió que dos policías miraban con alguna insistencia.

—Esos policías no nos quitan ojo. Debe irse para casa.

—No quiero ir a casa.

La de Tres Cedros sacudió al muchacho y propinóle un rápido bofetón en la mejilla. Inmediatamente le condujo al encuentro de un taxi.

—Lleve este muchacho a su casa—dijo al chofer. Y al joven:

—Dónde vive?

El sacó una tarjeta del bolsillo con una dirección, en que se leía: Nueva York.

—¿Pero dónde vive aquí? ¿No lo recuerda? Pero sí sabrá dirigirse allá lo mismo que vino hasta aquí. ¿Puede guiar el auto?

El joven hizo cuanto se le ordenaba, como un autómata suggestionado por la autoridad de la de Jessop.

Al llegar al domicilio se apareon ambos y tuvo ella que arreglar cuentas con el chofer.

Condolida del estado de embriaguez del mozo, subió en su compañía y luego no decidióse a abandonarle. Junto a su lecho se dedicó a cuidarle toda la noche, y a la mañana, cuando el beodo despertaba con los vapores disipados, ya había tomado Annah la casa y la cocina por suyas y preparaba un succulento desayuno.

Grande fué el asombro de él al verla acercarse con solicitud maternal.

—¿Has despertado ya?—dijo la buena señora—. ¿Cómo te sientes? ¿Dolor de cabeza, eh? ¿No te acuerdas de mí?

—Creo recordar algo. Nos encontramos en un puente.

—Y vinimos juntos en un taxi.

El mozo estaba algo asustado.

—Supongo que creerá que soy terrible, ¿verdad?

—Desde luego que sí.

—¿Y me cuidó toda la noche?

—Hubiera hecho lo mismo con un ternero enfermo. Anda, prepárate para desayunar.

El muchacho no tuvo más que obedecer. Agradecía la actitud de aquella extraña señora. Iba cobrando calor y hasta cierto optimismo, mientras ingería un excelente plato de huevos con jamón.

—¿Por qué se tomó anoche tanta molestia por mí?—preguntó otra vez.

—Tengo mis motivos, aunque son algo tontos.

—¿Quién es usted?

—Annah Jessop.

—Es usted maravillosa, señora Jessop.

—Anoche me daban ganas de darte un porrazo.

—Y yo creí que era usted mi madre...

Esto era lo que precisamente emocionaba a la señora Jessop. Comenzaba a sentir un escalofrío de felicidad, como si tuviese—¡otra vez!—a quien prodigar sus cuidados maternales.

—Eres un buen perdulario—reconvino al mozalbete—. ¿Qué te pasa? Toda la noche la pasaste hablando de una mujer: Suzanne. No dejabas de pronunciar ese nombre.

Con toda confianza, con el gozo de un chiquillo que puede narrar a alguien sus cuitas, contó su caso ampliamente. Caso que era un terrible paralelismo con el que torturaba a Annah y era la tragedia de su vida.

El muchacho y Suzanne estaban enamorados, pero la madre de él, en cierto modo del mismo corte de la Jessop, se oponía irremediablemente por no agradarle la familia de que procedía. Llegó hasta abandonar a su hijo a su propia suerte y negarle toda protección.

Annah vió desarrollarse otra historia como la suya, que tuvo consecuencias tan terribles, y cuando el joven fijó los ojos en la medalla que pendía del pecho de la señora y que sólo se concedía a las madres de los muertos en la guerra, observó:

—¡Oh! Usted también tuvo un hijo...

—Sí, y muy parecido a ti; quizás todos los muchachos sean como tú.

Después que él se hubo levantado del lecho se oyeron unas llamadas en la puerta y entró Suzanne.

Era una linda muchachita morena, ágil y esbeltísima.

Creyendo que Annah era la madre de su novio, echóse a los pies de ella.

—Señora, ¿ya no está enojada?

—No es mi madre—explicó él—. Es una amiga.

Suzanne y su novio se abrazaron, no gozosamente, sino con una gran tristeza.

—Tendrás que marcharte—gimoteaba la pequeña Suzanne—. Tu madre lo quiere.

—No te aflijas. Regresaré.

También lo afirmaba así un día en Tres Cedros otro joven animoso y lleno de vigor. Tal fué la escena que clavóse en la mente de Annah. Por eso intervino en seguida:

—Sean felices en el último día que están juntos. No se pongan tristes. Ven acá... sonríe.

Y abrazó a Suzanne fuertemente.

—¿Quiere que la llevemos a casa?—preguntaron a Annah.

—Nada de eso; me voy a cuidar de ustedes. Vamos por ahí a divertirnos.

—¡Bravo!—aplaudieron los chicos—. La llevaremos a ver la ciudad.

—No, lo que yo quiero ver es el campo.

Y dicho y hecho, en el auto del joven Gary, recorrieron las bellas afueras de la población de París.

A la de Jessop se le ensancharon los pulmones. En las aldeas se celebraba el festival de mayo, y la gente moza lugareña—cogidos unos de otros por las manos—danzaban y corrían por los bosques con ese gozo sano y primitivo de los campesinos.

Annah vióse en su elemento y apenas si se incomodaba cuando un grupo de aldeanos, entre francas risotadas, la hacían apartarse para no ser atropellada. Le hizo reír mucho ver al alcalde de una aldea, con largas patillas blanquísimas, cargando estiércol en un carro.

En fin, su dicha hubiese sido completa a no ser por sus malhadados pies oprimidos en el potro de sus zapatos.

Suzanne y Gary consiguieron apartarse y creerse solos en un rincón del bosquejo. Annah, detrás de un árbol, les escuchaba.

En un beso largo y profundo, se bebieron ambos el licor de su juventud. Ella comenzó a borbotar palabras incoherentes, preliminares de una confesión:

—No, no puedes irte... Ahora menos que nunca. Dices que me escribirás a Nueva York... Yo ya no estaré allí...

—¿Por qué no?

—¡Oh, Gary! No te lo puedo decir...

Inclinó la muchacha la cabeza, e hizo la confesión de lo irreparable. Un hijo latía dentro de ella.

La sangre de Annah paralizóse en sus venas y se llevó la mano al corazón. El azar había traído ante sus ojos el caso idéntico al suyo; la madre irreductible, el exceso de celo o de egoísmo, que hacía cernerse la desgracia sobre unos inocentes.

Rápida fué su acción, tan rápida como su pensamiento.

—Vosotros vendréis conmigo. Dejad que os llame hijos unos instantes. Iréis adonde yo os lleve.

* * *

La señora madre de Gary hallábase desolada en su domicilio. Allí llegó Annah. Y penetró sin más ceremonias en la estancia, en el momento que oía estas palabras:

—No pueden dar con él. Mi hijo desaparecerá.

—¿Es usted la señora de Worth?—dijo Annah.

La señora de Worth levantó la vista.

—Entré sin más ni más—declaró de la Arkansas—. Soy Annah Jessop, de Tres Cedros.

—Eso no significa nada para mí.

—Pues en Tres Cedros significa mucho. Se trata de su hijo.

—¿Dónde está? Dígamelo.

—Anoche le encontré embriagado e hice las veces de madre, porque usted, faltando a su deber, no estaba allí.

—Mi buena mujer...

—No, ninguna de las dos somos buenas.

—No le permito que hable así.

—Hablo como quiero.

El diálogo se animaba. Los reproches que creía descargar Annah sobre su interlocutora en realidad dirigíanse a sí misma.

—Las dos somos duras, ¿sabe?

—¡Repórtese usted! ¿Dónde está Gary?
 —Muerto a no ser por mi intervención.
 —¿Por qué motivo?
 —Usted hizo que desapareciera.
 —Es demasiado cruel.
 —Las dos somos crueles, cada una a su modo.
 —Basta ya!
 —Pero es el cariño hacia nuestros hijos lo que nos hace crueles. Su hijo aun vive... Pero el mío ya murió.
 —Sí?
 —Sí, dicen que le mataron en la guerra... pero le maté yo.
 Y brevemente, con el alma rota, relató su caso a la señora Worth. Las últimas palabras de su narración: "Hasta su retrato rompí" las emitió con un hilo de voz enronquecida.
 Pero también supo sobreponerse ahora y acudir a la tarea de ayudar a la señora Worth. No tardó mucho en persuadirla.
 —Gary es bueno, muy bueno. Lo mismo que Suzanne. Debe acogerlos a los dos. A los dos, ¿me oye?... o perderlos.
 Cuando estuvo vencida la resistencia, la madre, ganada por el arrepentimiento, lamentábase:
 —Pero ¿dónde hallar ahora a Gary?
 Es fácil figurarse que Annah lo traía todo preparado. Salió del cuarto un momento para regresar en seguida con la pareja de los dos novios.
 —Aquí están, señora.
 Gary, seguido de la muchacha, precipitóse en brazos de su madre y ambos se estrecharon con más fuerza que nunca.
 —Mamá, ésta es Suzanne.
 La pobre niña, llorando de alegría, también abrazóse a la señora Worth.
 Mientras, Annah, sola con su desdicha, encaminábase hacia la puerta.
 —Señora de Jessop! —dijo Gary—. ¿Dónde va? Annah, quédese con nosotros.
 —Voy en busca de mi hijo.
 Y salió erguida, en un acopio de todas sus fuerzas.

El cementerio de los soldados de la guerra era un bosque de cruces de blancura inmaculada, todas iguales, idénticas, como es igual la muerte.

Entre los innúmeros rectángulos con las simples cruces blancas en cada uno, la señora Jessop, con paso lento, arrastrando la fatiga de su alma, buscaba la tumba de su hijo.

Un silencio, casi un silencio de eternidad, hacía dulce y santo aquel paraje.

Al fin tropezó con la cruz con la inscripción del nombre querido.

Cayó de rodillas, tronchada de remordimientos, y depósito su triple ofrenda: las flores suyas, las de María y Jaimito, ya marchitas, y la cómica maceta de la señora cuya hijo había desaparecido.

Lloró, lloró abundantemente, y sólo dijo:

—Jaime, perdóname...

VI

RETORNO ARREPENTIDO

Junto a la cerca de las granjas—de su granja querida, en pleno campo bendecido de santidad otra vez—. Annah Jessop avanzaba hacia la casa de María. No había anunciado su llegada y nadie esperábala en Tres Cedros.

El pequeño Jaime fué quien la advirtió primeramente.

—¡Mamá, mamá! —gritó—. Es ella.

María y su hijo, extrañados de que viniese hacia su vivienda, temieron algo inesperado del carácter intempestivo de Annah.

Huyeron en actitud medrosa hacia un rincón de la estancia.

Annah penetró, mas en su rostro no había la altivez de antes, sino sólo surcos de fuego de las lágrimas.

Sus brazos se extendían implorantes, y traía todo el gesto de quien regresa de una penitencia.

Abrazó a María contra su pecho.

—Allí, en Francia—dijo entrecortándosele la voz—, pedí perdón a Jaime. Ahora sólo me falta que me perdonéis vosotros. ¿Puedes perdonarme tú, Mary?

Esta contestó que sí con las lágrimas de alegría de sus ojos.

Así permanecieron confundidas en llanto durante unos instantes.

Susie, el perro cuya amistad con Jaime conocemos ya, empezó a ladrar con insistencia.

El niño habíase escondido tras de una puerta temeroso de las intenciones que pudiera traer la señora Jessop.

—¿Qué te pasa, Susie?—exclamó ésta.

Y Jaimito, sin deponer sus miedos, salió de su escondite.

Annah le recogió con infinita ternura en sus brazos y le besó con toda su alma.

El niño extrañóse al principio, y luego, en vista de que no había nada que temer y de que su madre también lloraba de gozo, dijo a Annah:

—¿Te puedo llamar abuelita?

Ella repuso inundada de felicidad:

—Sí, llámame así... siempre. Siempre... hasta que me veas cerrar los ojos.

Aquella peregrinación a Francia había dado un fruto de amor comprensivo en el alma de una mujer buena y que sólo erró por demasiada energía.

En la granja volvió a brillar el sol alegre sobre sus moradores felices.

Dentro del corazón de Annah, alguna vez, resonaba aquella frase: "ni un retrato suyo".

Pero Jaime crecía... y haríase hombre.

FIN



RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Caballistas del Oeste	0'15 pta.
Aventuras Film.	0'15 »
Cowboys y detectives	0'15 »
El film de hoy	0'30 »
Éxitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Ediciones Especiales	1'— »

Ediciones BISTAGNE - GARANTIA DE EXITO

Números publicados:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Bárbara Stanwyck, etc.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon, etc. PARÍS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat,

PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, etc.

MARIDO INFIEL, por Fritz Schulz, Paul Horbiger, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por W. Haines y D. Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Marie Glory.

ILLUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.

EL DORADO OESTE, por George O'Brien.

ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett, Ben Lyon, etc.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron, etc.

SU GRAN SACRIFICIO por Richard Barthelmess, etc.

TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.

TRES RUBIAS, por Joan Blondell, Ina Claire, etc.

ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy.

AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, Oscar Marion, etc.

DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, etc.

LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, etc.

NADA MAS QUE UN GIGOLÓ, por William Haines, Irene Purcell, María Alba, etc.

LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, Constance Cummings, etc.

LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Baugé, etc.

AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.

EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman, Fay Wray, etc.

CARAS FALSAS, Lowell Sherman, Peggy Shannon, etc.

PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, Leslie Howard, etc.

POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Maricn Davies y Clark Gable.

VIDAS INTIMAS, por Robert Montgomery, Norma Shearer

HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, Lawrence Gray, etc.

SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers, James Dunn, etc.

LA PELIRROJA, por Jean Harlow, Lewis Stone, etc.

TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.

LA FLOR DE HAWAI, por Marta Eggerth, etc.

¡A CASARSE, MUCHACHAS!, por Renate Muller, etc.

CON PASION, por Fernand Gravey, Florelle Barón, etc.

TRES VIDAS DE MUJER, por Warren William, etc.

SU UNICO PECADO, por Ronald Colman, Kay Francis.

SI YO TUvIERA UN MILLÓN, por Gary Cooper.

HUMANIDAD, por Ralph Morgan, Alexander Kirkland, etc.

QUEREMOS CERVEZA, por Buster Keaton, Jimmy Durante.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

La llama eterna

por Norma Shearer, Fredric March, Leslie Howard, etc.

UN HOMBRE DE CORAZÓN

por Gustav Waldan, María Solveig, etc.

SIERRA DE RONDA

por Antonio Portago, Rosita Díaz Gimeno, etc.

EL REY DE LOS FÓSFOROS

por Warren William, Lily Damita, etc.

LA CRUZ Y LA ESPADA

por José Mojica, Juan Torena, Anita Campillo, etc.

EL CANTO DEL RUISEÑOR

por Pepe Romeu, Charito Leonis, A. Palacios, etc.

ADIÓS A LAS ARMAS

por Helen Hayes, Gary Cooper, Adolphe Menjou, etc.

¡TÚ ERES MÍO!

por Jean Harlow, Clark Gable, Stuart Erwin, etc.

LA MUNDANA

por Kay Francis y George Brent

CATALINA DE RUSIA

por Douglas Fairbanks Jr., Elizabeth Bergner, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

;No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis..Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

E. B.

